

guisado y acomodado á nuestro estado de caminantes, debajo de velo y obscuridad. En lo cual has de ponderar que Cristo Señor nuestro, como dijo á sus Apóstoles, tiene consigo á todos los bienaventurados sentados á su mesa, haciéndoles un solemnisimo convite, cuyo manjar es su misma divinidad y humanidad, viéndola claramente y hartando con ella todos sus deseos, embriagándose con el vino del amor beatífico, y bebiendo del río caudaloso de los deleites celestiales. Y en este convite, como dice san Lucas, el mismo Señor se ciñe y los sirve, porque Él mismo les da este premio de justicia; pero ciñese, porque es infinito, y ninguno le puede comprender, ni ver, si no es ceñido y ajustado á sus merecimientos. Pondera luego cómo este Dios infinito, que hace este banquete en el cielo, acordándose de los hijos que tiene en la tierra, se ciñe mucho más para convidarlos, poniéndose todo con su divinidad debajo de estas especies de pan y vino, tan pequeñas y estrechas, para que allí con los ojos de la fe le veamos presente, y recibéndole dentro de nosotros, llene también nuestros deseos como acá pueden llenarse, y nos embriague también con el vino de su amor, y nos dé á gustar la suavidad de sus deleites, dándonos todo esto como prendas, en esperanza de lo que después nos dará en cumplida posesión. Por lo cual le has de dar inmensas gracias, con deseos entrañables de ceñirte y mortificarte, y estrecharte por servirle, pues Él se ciñe tanto por regalarte. Debes también alentarte á procurar una vida celestial, para ser digno de este convite en que te dan lo mismo que en el cielo; pues por esto en la oración del *Padre nuestro*, antes de pedirle te mandó Cristo decir: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo». ¡Oh Amado mío! Si Vos, estando en el cielo, venís á ceñiros en la tierra por mi regalo, ¿qué mucho que, para subir yo de la tierra al cielo, me ciña por vuestro servicio? Avivad, Señor, mi fe y fortificad mi voluntad, para que, viviendo vida celestial, de tal manera guste del banquete que me hacéis en esta vida, que llegue á gozar del que me prometéis en la otra. ¡Oh alma devota! Piensa maduramente que tienes la dicha de comer el mismo manjar que hace felices á los bienaventurados. ¿Se asemeja tu vida á la de ellos?

Epílogo y coloquios. ¡Oh! ¡Cuánto desea nuestro Padre celestial concedernos la bienaventuranza de la gloria! Él nos ha dado su divina palabra, y nos ha asegurado que un día sería nuestra recompensa; y, para confirmar la seguridad del cumplimiento de tan soberana promesa, nos ha concedido las mayores prendas que podía darnos. El Padre eterno nos ha dado á su Hijo, el Hijo se ha dado á sí mismo, y Padre é Hijo nos dan al Espíritu Santo. ¿Quién dudará de la fidelidad del Señor en cumplir su promesa, cuando con tales prendas la asegura? Pero ¿qué diremos del Santísimo Sacramento, que también es una prenda de la gloria que ha puesto en nuestras manos Jesucristo? Por él puedes

alcanzar todos los medios necesarios para merecer y subir á la gloria, el perdón de los pecados, el aumento de los méritos, la pureza del alma, la perseverancia hasta la muerte: todo esto obtienes por medio de este divino Sacramento, si le recibes dignamente. ¿Puede darse prenda más segura? No es esto sólo; no se ha contentado con esta admirable fineza el amor de Jesús; antes ha querido que en este divino convite hallaras ya la gloria anticipada, gustando el mismo manjar que allí gustan los santos, sentándote en la misma mesa que ellos, y siendo servido por el mismo que á ellos les sirve, que es Jesucristo nuestro Señor. ¿Ves el amor de Jesús? ¿Podía hacer más para asegurar tu esperanza? ¿Cómo debes corresponder á fineza tan soberana? ¡Ay de ti, si con tales invenciones no logra el Salvador triunfar de tu duro corazón! Ríndete ya á su amor; decídetes á trabajar activamente para su gloria y tu salvación; resuelve lo conveniente, y ora con fervor, pidiendo por tí y por todos.

17.—CEREMONIAS QUE PRECEDIERON Á LA INSTITUCIÓN del Sacramento.

PRELUDIO 1.º Jesucristo, antes de instituir el divino Sacramento, lavó los pies á sus discípulos, comió el cordero pascual, y les dijo que tenía gran deseo de comer aquella cena.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesucristo en estos actos.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de poseer las disposiciones necesarias para acercarte á la sagrada comunión.

Punto 1.º Lavatorio de los pies.—Considera cómo quiso Cristo nuestro Señor que á la institución del Santísimo Sacramento precediese el lavatorio de los pies, para significar dos disposiciones que son muy necesarias á aquellos que han de acercarse á la sagrada comunión. La primera disposición es una gran pureza y limpieza de alma; porque no debes contentarte con estar limpio de los pecados graves, con los cuales este divino Sacramento, en vez de ser para ti Sacramento de vida, sería causa de muerte, sino, en cuanto pudieres, te has de purificar de los pecados ligeros, lavando tus pies del polvo que se les pega con las aficiones terrenas; porque, siendo Cristo la misma limpieza, razón es que le recibas con la mayor limpieza que te fuere posible, lavándote con el sacramento de la Confesión y con agua de lágrimas, suplicando á este Señor que Él te lave y purifique para dignamente recibirle. Has de imaginarte que te dice lo que dijo á san Pedro: «Si no te lavare, no tendrás parte conmigo en este convite», porque no recibirás la parte de los frutos y gozos que reciben los que asisten lavados y puros. La otra disposición que necesitas para acercarte á este convite, significada por el lavatorio, es el ejercicio de la humildad y caridad. Era una piadosa costumbre entre los hebreos que, en señal de estas

virtudes, cuando uno convidaba á otro á comer, le lavaba los pies; y de esta omisión se quejó Jesucristo á Simón, cuando le convidó á comer en su casa; esto mismo desea Jesús de ti, cuando te llegas á su convite. En estos piadosos afectos debes, pues, ejercitarte antes de acercarte á recibir la sagrada Comunión, humillándote delante de Dios y de los hombres, y amando entrañablemente á Dios y á todos los hombres por Dios, cumpliendo con ellos las obras de piedad con reverencia y caridad. ¡Oh Dios de mi alma! Ya que tal limpieza deseáis para poder tener parte en Vos, lavadme cabeza, manos y pies, lavad mis pensamientos, obras y afectos, y enseñadme á practicar los brillantes ejemplos de caridad y humildad que Vos nos disteis, para que, limpio y bien dispuesto, asista en este convite y participe de sus frutos. ¡Oh cristiano! Mira la enseñanza de Jesús. ¿Cómo te preparas para la comunión?

Punto 2.º *Cena del cordero pascual.*—Considera cómo á la institución del Santísimo Sacramento precedió el sacrificio y comida del cordero pascual, para enseñarte dos cosas. La primera, que, así como aquel cordero se sacrificaba en agradecimiento de la merced, que Dios hacía á su pueblo, en sacarlo del cautiverio de Faraón, y con su sangre se señalaban las casas de los hebreos, para que el ángel de Dios, que mataba todos los primogénitos de Egipto, no tocara en ellas; y con su carne se confortaban los que habían de hacer aquella jornada, para comenzarla y proseguirla con esfuerzo; así también este Cordero de Dios, cuya carne y sangre está en este divino Sacramento, se sacrifica en la Misa en memoria y agradecimiento de la merced que Dios nos ha hecho sacándonos del cautiverio del demonio, y por medio de ella nos preservamos de la muerte de la culpa y somos confortados para salir de la servidumbre del pecado, y comenzar y proseguir con fervor la jornada de la virtud hasta llegar á la tierra prometida de la gloria. La segunda cosa que te enseña Jesús con la ceremonia del cordero pascual es el modo cómo has de recibir la sagrada comunión; porque le has de comer ceñido el cuerpo, con la mortificación de la carne; calzados los pies, con la guarda del corazón y de todos sus afectos; con báculo en la mano, esto es, con grande confianza en la cruz de Cristo y en su protección y gobierno; aprisa, con apresuración de fervor espiritual, sin pereza ni flojedad; con pan sin levadura y lechugas amargas, ó sea, con pureza de alma, sin corrupción de culpa y con ejercicios de mortificación; y, por fin, no crudo ni cocido en agua, sino asado en fuego; esto es, no sin consideración, sino con meditación que encienda el amor de Dios. ¡Oh Cordero divino, que venís á mi alma para librarla de la esclavitud del demonio, de la tiranía del mundo y de la muerte del pecado! Seáis bien venido, y obrad en ella los efectos que pretendéis. Pero antes preparadla para que sepa recibiros y comeros de

modo que vuestra venida le sea sumamente provechosa. ¿Cómo recibimos nosotros este divino Cordero? ¿Qué fruto sacamos de tan deliciosa comida?

Punto 3.º *Jesús manifestó vivos deseos de comer la Pascua con sus discípulos.*—En este punto has de considerar aquellas amorosas palabras que dijo Jesús á sus Apóstoles al principio de la cena, y quizá las diría al principio de esta cena sacramental: «Con gran deseo he deseado comer con vosotros este cordero pascual, antes que padezca. Digoos de verdad que no le comeré más hasta que se cumpla y venga el reino de Dios». En las cuales te avisa dos cosas que te disponen admirablemente para recibir este Sacramento: la primera, que le debes comer con gran deseo y muy vehemente, así como El deseó comerle vehementísimamente en compañía de los suyos; porque Cordero tan precioso se ha de comer con grandísima hambre y deseo, nacido de la consideración de tu necesidad y de su excelencia y dignidad; porque ni la necesidad puede ser mayor que la tuya, ni la excelencia del manjar mayor que la suya, y así no ha de haber hambre mayor que ésta. La segunda cosa que te avisa es que debes comer cada vez este Sacramento como si fuera aquella la última, y como quien no le ha de comer más hasta el cielo, pues por esto se llama Viático para pasar á la otra vida; y si con este afecto comulgas, será la comunión devota y provechosa, acordándote de lo que dice el Sabio: «Cuando te sentares á comer en la mesa con el príncipe, considera diligentemente lo que te ponen delante, y entra un cuchillo por tu garganta». Esto es, come este manjar que te da el Príncipe del cielo, como quien tiene el cuchillo en la garganta y está á punto de espirar, y cómele habiendo antes mortificado muy bien los afectos desordenados de tu carne, como lo harías si supieras que esta comida había de ser la postrera de tu vida. ¡Oh Rey del cielo! Ya que queréis que me sienta con Vos en esta soberana mesa, comunicadme vivos deseos de ello, y dadme valor para degollar todas las aficiones que me hacen indigno de ello, aparejándome para este convite como quien está de paso, para ir luego al eterno.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán significativas son todas las acciones de Jesús! Bien ha dicho un santo Padre que cada una de ellas es un precepto que nos dice lo que debemos hacer. Antes de instituir el Santísimo Sacramento lava los pies á los discípulos, y con esta misteriosa y edificante acción te enseña que, para acercarte á la sagrada mesa, has de estar libre y limpio, no sólo de pecados mortales, sino hasta de los veniales y de todo afecto desordenado, y dispuesto con las virtudes de la humildad y de la caridad. Come, además, Jesús con los Apóstoles el Cordero pascual, ya para significar los efectos que en todos produce el divino Sacramento, ya también para indicar el modo con que se ha de comer, obrando espiritualmente lo que los israelitas

hacían corporalmente en la comida de aquél. Pero, sobre todo, admira el deseo vivísimo que tiene Jesús de instituir este convite y que tú participes de él. «Vivísimamente he deseado, dice Jesús, comer esta Pascua con vosotros.» ¡Oh portento del amor de Jesús! ¡Oh ingratitud monstruosa del hombre! Jesús desea entrar en su corazón, y él le cierra las puertas ó le recibe con desgana y fastidio; Jesús no quiere morir sin haber dado al hombre esta prueba de ternura, y al hombre le importa poco vivir sin este Señor. Y tú, ¿cómo te has portado? ¿Qué deseos abrigas? ¿Con qué disposiciones te acercas á la sagrada comunión? Medítalo con grande confusión y vergüenza de verte tibio y remiso en desear estar con Jesús y hospedarle en tu corazón. Propón con firme voluntad la enmienda; y para alcanzarla, haz fervientes súplicas al mismo Señor, rogando por ti, por los pecadores y por todas las obligaciones que tienes.

18.—TIEMPO EN QUE INSTITUYÓ JESÚS EL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

PRELUDIO 1.º Jesús quiso instituir el Santísimo Sacramento del Altar la noche antes de morir, movido por altísimas causas.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús rodeado de sus Apóstoles, consagrando la hostia y el vino.

PRELUDIO 3.º Pide correspondencia á las finezas de amor de Jesús.

Punto 1.º *Jesús instituyó la Eucaristía la noche de la cena, para descubrirnos su amor.*—Considera cómo, pudiendo Jesús diferir la institución del Santísimo Sacramento para después de su resurrección, no quiso, sino instituyólo la noche de su Pasión y víspera de su muerte, por varias razones. La primera, porque quiso darnos una prueba patente de la grandeza del amor que profesaba á los hombres. ¡Oh cuán ardiente era este amor! Al mismo tiempo que ellos trataban de quitarle la vida con terribles tormentos y deshonras, y cuando ya se estaban pandillando para ir á prenderle ignominiosamente, Él estaba instituyendo este convite celestial, para darles la vida con admirables regalos y favores, y quería que gozasen de él muchos de aquellos que actualmente trataban de darle la muerte. Con lo cual te quiso enseñar juntamente, que, como las injurias y persecuciones de los malos no fueron capaces de entibiar ni disminuir en un solo grado su caridad, ni pudieron hacer que dejase de regalar con este manjar á sus escogidos, así ningunos trabajos, desprecios y tormentos han de ser parte para que los escogidos dejen de servirle y de participar de este soberano convite y coger su copioso fruto. Por donde echarás de ver con cuánta razón dijo san Pablo: «¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo, así de la caridad que El nos tiene, como de la que nosotros con su gracia le tenemos? ¿Por ventura podrán hacer

divorcio ó apartamiento entre estas dos caridades y amistades la tribulación ó la angustia, la persecución ó el cuchillo? Cierto estoy que ni la vida ni la muerte, ni criatura alguna, nos podrá apartar de la caridad de Dios, que está en Cristo Jesús». En estas palabras tienes tú la regla de conducta que debes seguir cuando te veas puesto en la tribulación; pues que vale infinitamente más el amor de Dios que todos los bienes naturales. ¡Oh dulce Jesús! Cierto estoy que ningunas persecuciones amortiguarán vuestra caridad, pues en medio de ellas me disteis por prendas de perpetuo amor vuestro cuerpo en manjar y vuestra sangre en bebida; por ella os suplico me concedáis otra caridad tan encendida, que ninguna persecución baste para entibiarla. ¿No nos admira el amor de Jesucristo? ¿Cómo lo agradecemos y cómo correspondemos á él?

Punto 2.º *Jesús deseó estar siempre con nosotros.*—Considera otra causa amorosa y regalada que tuvo Jesús para instituir el Santísimo Sacramento la víspera de su muerte. Esta fué para manifestar á los hombres el entrañable deseo que tenía de estar siempre en su compañía, y no separarse, cuanto era de su parte, ni un solo momento de ellos, no sólo en cuanto Dios, sino en cuanto hombre. Por lo cual, cuando se había de apartar de ellos según la presencia corporal, visible y ordinaria de su humanidad, trazó quedarse con otro modo de presencia, también ordinaria y perpetua, hasta el fin del mundo, debajo de las especies de este Sacramento. Y, aunque bastara instituirle poco antes de su ascensión y subida á los cielos, no quiso sino antes de la Pasión, para dejar entablado en su vida mortal este modo de quedarse con los hombres mortales, por cuyo amor le instituía, y para que se viese su infinita caridad, pues cuando los hombres querían echarle del mundo por envidia y rencor, Él trataba de quedarse con ellos en el mundo por otro modo, con grande piedad y amor. Mira cuán de veras había dicho que tenía sus delicias en estar con los hijos de los hombres, y en qué solidez de razones prueba la verdad de esta palabra; pues, queriendo los hombres arrojarle de sí, no pudiendo sufrir su compañía, Él busca un medio tan extraordinario como amoroso para quedarse, con tal que uno solo de ellos, investido con la dignidad de su ministerio, desee tenerle consigo. ¡Qué confusión debe causarte este proceder de Jesús, si lo comparas con el que tú tienes con Él! Jesús desea estar contigo; y á ti se te hace pesada y molesta la compañía del Señor; Él hace milagros para no separarse de ti, y tú no sabes imponerte el menor sacrificio para acompañarle. ¡Oh Amado de mi corazón! Si tanto deseáis estar siempre conmigo, ¿por qué no he de desear yo estar con Vos, mirándoos presente en todo lugar, en cuanto Dios, y en este Sacramento en cuanto hombre? ¡Oh quién pudiera asistir siempre en la iglesia, cuando se celebra este divino misterio! Mas ya que no puedo lo que de-

seo, haré lo que puedo, procurando estar allá las veces que pudiere con alma y cuerpo, y siempre con el corazón y afecto. ¿Son estos nuestros sentimientos y deseos? ¿Por qué no visitamos á Jesús con más frecuencia?

Punto 3.º *Jesús quiso que siempre tuviésemos un sacrificio eficaz.*—Considera la tercera causa que movió á Jesús á instituir el Santísimo Sacramento en la noche de la cena y víspera de su muerte, que fué para que nunca faltase en el mundo un memorial de su Pasión y algún sacrificio ordenado para aplacar y glorificar á Dios; y, como en aquella cena y con su Pasión cesaba ya el memorial del Cordero y los sacrificios de la ley vieja, quiso entonces instituir este divino Sacramento y sacrificio, para que fuese memorial y representación viva de su Pasión, por el cual se nos aplicase el fruto de ella. Y aunque bastara instituirle después de su resurrección, no quiso sino antes, porque el amor vehemente gusta más de anticipar el bien que ha de hacer por su amado; y por obligarte con esto á que tuvieses más tierna memoria suya, porque lo que los padres encomiendan á sus hijos cuando están cercanos á la muerte, suele quedar más impreso en la memoria de ellos. Para comprender mejor la excelencia de este bien que te hizo el Señor en este momento, pondera la necesidad imprescindible que tenías de un sacrificio poderoso y eficaz como este. No podías tú llenar los deberes y obligaciones que te ligan con Dios; no podías darle la gloria que le es debida, ni agradecerle cual conviene sus beneficios, ni aplacar su cólera indignada por tus pecados, ni obtener la remisión de ellos y las demás gracias que necesitas para tu salvación; y Jesucristo, por medio del sacrificio que en esta ocasión instituyó, suple ventajosa y abundantemente lo que te falta. Sus alabanzas agradan á Dios, y en ellas se complace; sus súplicas son eficaces para alcanzar cuanto convenga, y sus obsequios son poderosos para aplacar completamente al Señor. ¡Oh Padre amantísimo! Pues en tal hora quisisteis establecer este sacrificio y este memorial de vuestra Pasión y muerte, suplicóos que sepa aprovecharme de él, y recordar con gran memoria lo que por mí sufristeis, hasta que mi vida se acabe; si me olvidare de Vos, olvidada sea mi mano derecha; y mi lengua se pegue al paladar si de Vos no me acordare. ¡Oh alma fièl! No te olvides de este Señor que nunca se olvida de ti; ¿qué debes hacer para esto?

Epilogo y coloquios. Admirable sobre toda ponderación se presenta la conducta de Jesús en la institución del Santísimo Sacramento. Para esto no escoge aquel tiempo en que las turbas, entusiasmadas con sus palabras y milagros, le proclaman: «Bendito el que viene en el nombre del Señor». Ni tampoco aquellos días que, después de la resurrección, continuó conversando con sus Apóstoles, apareciéndoseles, y dándoles señales de su vida gloriosa. La noche que precedió á su Pasión, la víspera de su cruel

muerte, fué el momento afortunado en que Jesús hace á la humanidad el mayor bien que podía hacerle. ¡Qué amor! Disimula la ingratitud, y sólo piensa en hacer bien á su amado; todas las persecuciones y trabajos no bastan para disminuirle, ni mucho menos extinguirle. ¡Qué deseo tan vivo y vehemente de estar con los hombres! Ellos le arrojan cruelmente del mundo, y Él se queda milagrosamente en él. ¡Qué cuidado tan paternal tiene de sus discípulos! Siendo su Pasión una fuente de gracias y bendiciones, conviene que tengan alguna cosa que se la recuerde constantemente; no pudiendo ellos cumplir los deberes que tienen con Dios, les es indispensable un sacrificio eficaz, para que supla su debilidad é impotencia. Á todo esto atiende Jesús, y todo lo provee en la noche de su Pasión; instituye el divino Sacramento para que sea un recuerdo de su Pasión y un sacrificio perenne que aplaque á Dios, le dé gloria y le haga propicio. ¿Conoces ahora la infinita caridad de tu divino Maestro? ¿Cómo debieras corresponder á ella? ¿Cómo lo has verificado? ¿Deseas estar con Él, como Él desea estar contigo? ¿Qué provecho reportas de su Pasión y del sacrificio que instituyó para recordarla y aplicar el fruto de ella? ¡Ah! Si un vil mortal hubiese hecho por ti la milésima parte de lo que hizo Jesús, su memoria no se borraría de tu mente. Procura, pues, cambiar de proceder en orden á este divino Maestro y Padre. Propón, pide, suplica por ti y por el mundo.

19.—LUGAR Y COMPAÑÍA DE CRISTO AL INSTITUIR LA SANTA Eucaristía.

PRELUDIO 1.º Jesús instituyó el divino Sacramento en el cenáculo, en donde obró otros muchos misterios, acompañado de los Apóstoles.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesucristo en este acto de su vida.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de ser digno cenáculo de Cristo, adornado con las virtudes que Él desea hallar en las almas que le reciben.

Punto 1.º *El lugar de la institución es un salón bien adornado.*—Considera el lugar que escogió Jesucristo para instituir el divino Sacramento, y el misterio que en él está encerrado. Este lugar fué un cenáculo grande y bien aderezado, ofrecido por su dueño con muy buena voluntad, y aceptado por Jesucristo con grande benignidad, apropiándolo para sus obras maravillosas y misteriosas; porque en este mismo cenáculo se recogieron los Apóstoles con la Virgen después de la Pasión; allí se les apareció Cristo después de la resurrección; allí se recogieron en oración á esperar la venida del Espíritu Santo, y allí vino sobre ellos en lenguas de fuego, y de allí salieron á predicar la Ley evangélica. Pondera cómo este cenáculo figura principalmente la Iglesia católica, en la cual sola, y no fuera de ella, se puede comer este